

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NUM. 8038

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 15 de Setiembre 1888

ECOS DE MADRID.

14 Septiembre de 1888.

Estamos mejor que queremos. La momentánea agitación electoral traducida en banquetes y funciones de desagravio; el animado regreso de las gentes de viso, los teatros que se abren, las diversiones que se anuncian: todo parece contribuir á que Madrid eche fuera la tenaz pesadilla de que ha sido víctima durante el verano.

Pero, ¿podrán creerlo ustedes? Madrid persiste en conservar su aspecto de pocos amigos, como si á semejanza de los viciosos hastiados de placer cifrara todo su goce en el refinamiento de la más exquisita crueldad.

Salmos á crimen por día; no hay conversación en la que no se hable de jueces y reos; el flaquequismo, lejos de ocultarse avergonzado de su obra, pone cada vez más en evidencia sus malas mañas, y hasta los autores de mayor ingenio, influidos por el medio ambiente buscan los chistes de éxito seguro en lo que llamarían nuestros vecinos *le monde où l'on se tue*.

Maldita la gracia que tiene el crimen de la calle de Fuencarral, y sin embargo no ha faltado autor que en un triste jugueta tomara á broma los incidentes que más han sonado en el ya célebre proceso, ni publica que trata la ocurrencia.

Y es claro. El extragado paladar de los espectadores habituales de los teatros por hora, no se satisface ya sino con platos de carne, que chorreé sangre aderezada con fuerte mostaza. ¡Váyate V. á esa gente con delicadezas de estilo ó con ingeniosos primores!

Lo peor del caso es que la epitelia criminal no cede; puede agotarse el tema de un crimen, pero ahí está otro que le disputa la atención de los aficionados á las emociones fuertes.

Anoche, sin ir más lejos, y de una de esas innumerables tabernas ilustradas con las proezas de la gente del bronce, salían desafiados, de una parte dos hermanos, uno de los cuales estaba en vispera de casarse, y de la otra, dos de los más reputados matuteros, conocidos por los respectivos apodos de *El Navarro* y *El Pomba*.

De la batalla campal á que dieron pretexto unas palabras y unas copas, resultó una víctima.

Y no hablemos nada del crimen de la calle del Carmen, y de los que se cometen casi diariamente en las mal vigiladas afueras de la capital. Asesinato de hace dos días es noticia fúnebre; nadie lleva ya la cuenta de los hechos análogos que se repiten en Madrid, y no es cosa de mortificar la memoria para recordar una larga y monótona serie de crímenes á cual más vulgares.

Puestos los madrileños á no despegar su imaginación, poblada de escenas trágicas y de episodios sangrientos, buscan con interés el crimen de actualidad allí donde lo encuentran en Madrid ó en provincias. Mucho mejor se reviste caracteres de inusitada crueldad, ó si se trata de un drama de familia.

Pues apenas si se ha hablado del fratri-

cidio de Córcelos. Si los hijos no respetan á los padres, si los hermanos olvidan los vínculos que les unen ¿á dónde vamos á parar? No faltaba más sino que las corrientes igualitarias del siglo influyeran en los criminales hasta el punto de hacerles profesar sin distingos ni vacilaciones, el principio de la igualdad ante el crimen.

Quéjase muchos de que la vida no ofrece aquellas ilusiones que, engañosas y todo, constituían años atrás la felicidad de las personas de buen humor y buenas costumbres. Se ha desterrado la franca é inocente alegría; la tranquilidad del espíritu, ¿quién se acuerda de ella? Madrid es una inmensa fábrica de asesinatos y robos de todas especies, en grande escala y al menudeo, que emplea como primera materia el alcohol, y como poderoso auxiliar la falta de educación moral en las clases bajas, favorecida por la falta de higiene.

El ministro de la Gobernación espantado de los progresos que alcanza la mortalidad en Madrid, acaba de dictar una real orden, en la que resplandecen los más sanos deseos. ¿Se va á aliviar la suerte del vecindario y poner á la Corte no ya á la altura de las capitales del extranjero sino á la de algunas poblaciones de España que nos ganan en aseo y buena compostura?

Falta hace; y también se impone la necesidad de organizar la vigilancia, de extremar el rigor con los rateros de oficio, cuyas gracias autorizamos con indulgente sonrisa, y de aislar los focos de la epidemia, esas inmundas tabernas en las que encuentran tan delicados placeres los señoritos flamencos, y donde se inocula el virus del crimen.

Ya se yo que estos Ecos van resultando lúgubres; pero así han de ser si pretenden reflejar la voz apagada y dolorida del honrado vecino de Madrid que se acuesta soñando con el asesinato del día anterior, preguntándose á qué calle le tocará ser teatro del crimen al día siguiente.

Julio Nombela.

Variedades.

RAFAEL CALVO.

SONETO.

Era su corazón un arpa de oro estremecida al susurrar del viento; su enamorada voz, dulce lamento; su furia, estruendo de clarín sonoro.

Jamás del arte profanó el decoro, ni dio á bajas pasiones alimento; de otra edad evocando el sentimiento supo hallar en las ruinas un tesoro.

Cayó cuando la vida le brindaba sus atractivos mil; cuando la suerte á sus pies como sierva se arrastraba.

Fue su destino el del atleta fuerte: amado y vencedor, ¿qué le faltaba para ser inmortal? ¡sólo la muerte!

MANUEL DEL PALACIO.

12 de Septiembre de 1888.

LA MADRE DE DUMAS, HIJO.

Del interesante libro publicado por Gabriel Ferry con el título «Les derniers ans de Ale-

xandre Dumas,» hallamos las siguientes curiosísimas y poco conocidas noticias sobre la vida de una mujer doctamente famosa como amada de Dumas, padre, y madre de Dumas hijo, dos de las más grandes y legítimas celebridades de este siglo.

En el mes de Octubre del año 1868, Dumas perdió uno de los más queridos recuerdos de su juventud.

Este recuerdo del pasado era Mme. L., madre de su hijo.

Por el año de 1822 ó 1823, Dumas ocupaba un modesto cuartito en la plaza de los Italianos, núm. 1.

Estaba empleado entonces, en el Palacio Real, en el gabinete de duque de Orleans, donde por recomendación del general Joy había obtenido un modesto empleo de 500 francos por año.

Tenía la cabeza llena de sueños literarios, sueños que esperaba transformar en realidades; pasaba sus noches estudiando las obras maestras de la literatura extranjera, para rehacer una educación menos que mediana.

Sentía fermentar en él un temperamento de autor dramático, y sabía que el teatro es el camino más corto para llegar á la celebridad.

En el piso de encima al ocupado por el joven había un modesto cuartito compuesto de dos habitaciones.

Un día, una jovencita que parecía tener la misma edad que su vecino, vino á habitar aquella morada.

De mediana estatura, rubia, blanca, no era linda según la expresión clásica de la palabra, pero su cara tenía un encanto que agradaba á primera vista.

¿Era soltera? ¿casada?

Dumas, preocupado por esta nueva vecindad, preguntó su nombre al portero de la casa, el cual le dijo que la nueva inquilina se llamaba Mme. L., y que era costurera.

La joven era casada, y se llamaba Rouen. Una separación amistosa, motivada por una mutua incompatibilidad de caracteres, había dado á los dos esposos la libertad.

Todos los recursos de la joven consistían en su habilidad para confeccionar ropa de señora.

Las facilidades que da la vecindad, una cierta similitud de posición, de edad, de carácter, unieron pronto á los dos jóvenes.

Se amaron y un niño nació de este amor en 1824.

Este nuevo lazo apretó durante algún tiempo la unión de Mme. L. y de Dumas.

Este había continuado sus estudios literarios con enérgica perseverancia.

Le habían admitido en el Odeón «Cristina en Fontainebleau» y en el teatro francés, «Enrique III y su corte.»

Estos dos dramas tuvieron un éxito ruidoso; y esto cambió la vida del joven escritor.

Dejó la casa donde había conocido á Mme. L. ... contrajo otras relaciones, y sin dejar de cuidarse de su hijo para la cuestión pecuniaria, poco á poco perdió de vista á la madre.

Ella educó por sí misma á su hijo hasta la edad de ocho años.

Le acostumbró á las aficiones serias y el niño no debía jamás olvidar estas primeras lecciones.

A la influencia maternal se debe ese pomposo contraste de caracteres que se nota entre Dumas padre y Dumas hijo.

Mme. L. ... estaba orgullosa de este resultado y le gustaba hacerlo motivo de conversación con sus íntimos cuando más tarde su hijo encontró el éxito.

Esta mujer no quiso aceptar nada del padre de su hijo después de su separación; había tomado la dirección de la ropa blanca en un gran colegio; durante quince años sirvió este modesto empleo y su espíritu de orden halló medio de hacer economías.

Cuando su hijo llegó á la edad de empezar su educación fue preciso separarse.

Dumas le colocó en un colegio, cuyo director, literato, era colaborador suyo: un tal Goubeaux (pseudónimo Dimaux) y con el que hizo «Ricardo Darlington.»

Después de terminada su educación, Dumas hijo, arrastrado por el éxito, la celebridad, la opulencia asiática de su padre, se fue á vivir con él.

Juntos pasaron muchos años, llevando una vida amplia y fácil.

Vino la revolución de 1848, después la bancarrota del teatro histórico. Dumas no pudo continuar sosteniendo á su hijo en el mismo pie que anteriormente.

Este se hallaba sin recursos; y Mme. L. ... vino entonces en ayuda de su hijo. La pobre madre vivía á la sazón en un pequeño cuarto calle Pigalle, número 22, en el fondo de un patio.

Gozaba de un modesto bienestar, conseguido á fuerza de orden y economía.

Acogió á su hijo en su casa, le consoló fortaleciéndole en su resolución de crearse recursos por sí mismo.

Algún tiempo antes de la quiebra de su padre, había publicado una novela, «La dama de las Camelias.» Pensó ahora sacar una comedia de esta obra; pero entretanto que se representaba, era preciso vivir: buscó y encontró una plaza en un periódico, y la madre y el hijo vivieron así durante tres años.

La pobre mujer procurándole todo el bienestar posible aun á costa de sus privaciones personales.

En estos casos, la solicitud maternal sabe hacer prodigios.

Para ahorrar algo, la pobre inventaba mil cosas; algunas veces, con el fin de economizar los gastos de la planchadora, muy dispendiosos para los recursos del momento, planchaba ella misma por la noche la camisa que su hijo tenía que llevar al otro día, y se conceptuaba muy dichosa por haber realizado así una economía necesaria.

Después de muchos esfuerzos, su hijo pudo hacer que pusieran su obra.

«La Dama de las Camelias» obtuvo un éxito enorme; fue como una revelación en la comedia contemporánea.

Más tarde, Mme. L. ... se complacía en recordar esta noche memorable de «La Dama de las Camelias» que marcó una fecha en su vida.

Desde entonces, miró el porvenir con tranquilidad. Su hijo le señaló una pensión que le dió hasta la muerte; pero seguía viviendo en su cuartito que tenía para ella tantos recuerdos.

Su sociedad se componía de algunos íntimos, con los cuales se complacía en evocar recuerdos del pasado, y en contar sus alegrías del presente, alegrías producidas por los éxitos dramáticos de su hijo.

Los años no habían apagado la viveza de su conversación.

Había visto los comienzos de algunos de los hombres de 1830 y conocía sobre ellos una porción de anécdotas que sabía contar con una gracia interesante.

Estaba generalmente en un gran sillón á la moda de 1830 y al hablar trabajaba en una obra colocada sobre un veladorcito de capa pintado de negro.

Dumas padre había escrito sobre este mueble los dos grandes dramas románticos, origen de su reputación.